

Un tesoro rescatado: Sor Rosenda Granados, O.P.



A mediados del noviembre pasado de 2007 di los ejercicios espirituales a la comunidad de dominicas contemplativas de Carcagente, en Valencia. Una amiga me había hablado de que una amistad suya tenía excelentes recuerdos de una monja de dicho convento que había muerto relativamente joven, ya hace años. Destacaba sobre todo la vivencia espiritual de esta monjina que se llamaba Rosenda. Las dos se habían conocido durante mucho tiempo y su intimidad fue muy grande.

Durante los ejercicios hice las investigaciones oportunas. Muchas de las monjas se acordaban de ella, incluso habían sido amigas y destacaban su cordialidad, su buen humor y su alegría. Me contaron que había muerto a los 47 años, en 1984, por efecto de un cáncer de pecho que, al final, invadió todo su cuerpo. Se deshicieron en elogios de la paciencia con la que sufrió su larga enfermedad sin que de su boca saliera nunca una sola queja. Todo ello me pareció muy bello, pero yo buscaba algo más.

Al tercer o cuarto día, una de sus antiguas compañeras, con la que había intimado mucho, me entregó un cuadernito en el que, entre otras cosas, había algo escrito por Sor Rosenda. No era su letra original sino transcripción de la dueña del cuaderno. No me fue fácil entender la letra. No obstante, no tardé en cerciorarme de que la espiritualidad de Rosenda no era la que se estilaba en su tiempo. Al contrario, me pareció flor de otro jardín. Hablaba de gratuidad cuando en España tal término no tenía cabida alguna en la espiritualidad ni del momento ni de la tradición. Se gozaba en su pequeñez, en su pobreza de espíritu. No tenía miedo al pecado, más bien se alegraba en su experiencia superada y entregada. Hacía protagonista a Dios de toda su salvación y se sentía engolfada en su misericordia y total gratuidad.

Era evidente que había sorbido a borbotones a Santa Teresita, pero con un lenguaje más moderno. Me parecía una profeta de nuevos tiempos aunque sin eco, de momento. Una cosa sí me llamó la atención: es que no menciona nunca al Espíritu Santo. Toda su espiritualidad está clamando por él pero no lo individualiza. Sin duda por una falta de predicación adecuada, cosa lógica en aquel tiempo. Sentí pena por esta carencia, porque me imaginaba lo que hubiera disfrutado de haber conocido y de haber intimado con tal divino personaje. Por otra parte, sin Espíritu Santo tampoco se llega a la humanidad de Jesús y se habla simplemente de Dios y, si se nombra a Jesús, se le ve como Dios.

Al leer el cuadernillo, imaginaba yo a Rosenda en medio de un grupo de la Renovación carismática o de algún otro gran movimiento actual. Sin duda le chocarían las formas, gestos y expresiones, pero en la experiencia y en la teología de fondo se sentiría en su ambiente. No encontró este ámbito de oración; por eso ella, contemplativa de raza, vivió su experiencia desde la honda vivencia del silencio. Allí se le hizo su Dios el encontradizo.

Antes de presentar sus escritos voy a hacer un breve resumen de la espiritualidad más corriente en su tiempo, sobre todo para calibrar mejor la diferente actitud de alma que generan las distintas expresiones religiosas. La que predominaba en aquel tiempo, y que sigue siendo muy corriente, centra la vida espiritual en la lucha contra el pecado con toda clase de medios, sacrificios y cautelas. No resalta la confianza sino que la predicación insiste más bien en el temor y la culpabilidad. La pastoral del miedo viene utilizando ya desde hace varias centurias la amenaza de la condenación como una práctica saludable para retraer al hombre del pecado. Esta espiritualidad no es sensible a la gratuidad sino que hace al hombre protagonista de su propia salvación. Sobre él recae el peso de librarse del pecado, de adquirir méritos y con ello ganarse el cielo.

La parte positiva la constituyen las virtudes, la adquisición de virtudes. En la vida religiosa se concentra la insistencia en las virtudes relacionadas con los tres votos; mientras que las teologales quedan en segundo plano. El cumplimiento de estas virtudes expresadas sobre todo en las constituciones y reglas dan el nivel y la calidad de la santidad personal.

Para llegar a una obediencia perfecta se tiende a sacralizar la autoridad. La ley sustituye a la conciencia individual y a cualquier inspiración, venga de donde viniere. El celo por la autoridad a veces se hace obsesivo. Esta estructura no tolera ningún desvío aunque las

correcciones, según los temperamentos, se hagan sin rigidez y con mucha persuasión. Estamos hablando de un tema de fondo, no del sadismo de algún temperamento. Rosenda no discute este modelo de vida religiosa, pero en su corazón la pastoral y la práctica del miedo no hacen mella porque se alimenta toda ella de misericordia. Los escrúpulos y traumas bajo los que sufren otras religiosas no aparecen para nada en ella.

La pobreza material y la carencia de bienes se hace también obsesiva, a veces, en la espiritualidad tradicional. El no poseer nada se valora como fidelidad absoluta. Se sacralizan la austeridad, el despego, el despojo, los zapatos raídos, la estameña, el sayal. Se olvida que este tipo de pobreza no santifica por sí misma sino que es un “removens prohibens”, es decir, un simple quitar obstáculos para que pueda realizarse la entrega en el amor.

La castidad se entiende de una manera exclusivamente biológica. Sin querer, se busca más la continencia que una madura castidad. Cuanto más se excluyan las posibilidades de encuentro con el otro sexo, mejor. Para eso se articulan toda clase de cautelas, entre ellas las separaciones, las rejas y cosas por el estilo. Esta rigidez tiene el peligro de que se enfríen en el alma actitudes tan nuclearmente cristianas como la compasión, la misericordia, el perdón, el servicio, la caridad, la clemencia, la indulgencia. Hay un recorte en la vivencia de la encarnación que no ayuda a la experiencia de una religiosidad madura. Cuando leáis los escritos de Sor Rosenda veréis cómo ella superó en su alma la estrechez de la visión descrita.

El problema es que este esquema se puede cumplir sin descubrir a Jesucristo. Sin amor. Sin descubrir tu pobreza y la de los demás. Un esquema espiritual como éste es muy religioso pero poco cristiano. Yo he visto esquemas semejantes entre los bonzos de China y Taiwan. Ellos buscando el nirvana y nosotros a Dios. Ambas búsquedas, a fuer de abstractas, se parecen.

El cristiano, iluminado por el Espíritu Santo, pasa a través del hombre Jesús, a descubrir a la Santa Trinidad. Jesús, el hombre Jesús, el intermediario, como dice San Agustín, es el lugar concreto de encuentro entre Dios y el hombre. Dios deja de ser abstracto y se transforma en el Padre de nuestro Señor Jesucristo y en nuestro Padre.

Como es evidente, aunque el esquema religioso que acabamos de describir no sea el mejor de los posibles, el Espíritu Santo trabaja en los corazones sea cual sea la circunstancia. Si las religiosas que han vivido en estos esquemas no hubieran sido activadas por la gracia se hubieran

convertido en psicópatas. Pero no es así. De hecho, hoy en día yo encuentro una madurez y una alegría en la mayoría de las monjas mayor que la que se da en el mundo seglar. Sin embargo, hay que reconocer que muchas hermanas, aun en la vejez, siguen presas del miedo y del trauma en su relación con Dios. Este esquema parece ya agotado y no suscita ni entusiasmo ni vocaciones. Esta es la causa de la falta de jóvenes en los conventos. No es que las religiosas de ahora sean peores que las antiguas, ni mucho menos, es el agotamiento de este sistema espiritual que no dice nada al mundo actual.

Poniendo un poco de teología a las vivencias de Sor Rosenda, podemos decir que participa ya de otro esquema aunque no lo tenga perfectamente formulado. Es el Espíritu Santo el que la mete en él. En breves líneas lo describo así: Dios creó al mundo por amor para comunicar su felicidad a las criaturas. En la creación la gratuidad de Dios es total. Nadie hizo mérito alguno para ser creado. El amor, pues, brota de Dios. No consiste en que nosotros amemos a Dios sino que Él nos amó primero. Santo Tomás dice: “No somos buenos porque amemos a Dios sino que es Dios el que, al amarnos, nos hace buenos”.

Este amor de Dios se hace concreto en la encarnación de Cristo. Seguimos en la estela de la gratuidad. El hombre Jesús, unido personalmente a la divinidad, al Verbo, llevó a cabo con su muerte y resurrección nuestra redención. Nadie hizo ningún mérito para ser redimido; al contrario, nos redimió cuando éramos enemigos. Por eso, el amor se transforma en misericordia. Estamos, pues, ya gratuitamente salvados. Para el que acoja esta salvación “ya no hay condenación posible...” Ahora bien, esta salvación es gratuita pero no barata. Acoger la salvación significa bautizarse en Cristo, sepultarse con él, morir a sí mismo y al pecado, no querer vivir de dicho pecado. Hoy día hay mucha gente que vive para el pecado. Aquel a quien el Espíritu Santo acerque a Cristo debe comenzar entregándole su vida y su pecado para que sea redimido en la cruz y sanado en la resurrección.

Al que ha descubierto este amor gratuito de Cristo no le importa que en él se vaya realizando el proceso de entrega y santificación que realiza la gracia santificante. Al contrario, se siente feliz porque ha desaparecido de su vida el lenguaje moralista del pecado, el miedo a la condenación, el agobio de la virtud y cosas semejantes. Sólo desea ser pobre de espíritu para que la gracia realice en él toda su plenitud. Ya no pone su confianza en las obras porque ha descubierto la gratuidad de su salvación. Sin embargo, no deja de valorarlas; pero no las suyas, sino las que el Espíritu

Santo realice en él o, con otras palabras, “las que Dios dispuso de antemano que practicásemos”. Su vida, de ese modo, discurrirá siempre en la alabanza y en la acción de gracias.

En este esquema vivió Rosenda. Es el que se vive en los grandes movimientos actuales y el que se va imponiendo en la espiritualidad de ahora. Por eso, sus escritos me han parecido un tesoro a rescatar. En su tiempo esta visión de la espiritualidad apenas existía. Por eso, la considero una privilegiada de la gracia. Resumo brevemente sus puntos base. La gracia le hizo descubrir al Dios de la gratuidad que mira a los hombres desde una justicia trasformada en misericordia. *“Encuentro un sabor de misericordia en todo. ¡La misericordia de Dios...! Esa gratuidad que llega a ser (porque Él quiere) estricta justicia”*. El amor y la misericordia impregnan los ojos de Dios al mirar a los hombres. Se siente libre de todo temor y trauma: *“Qué paz, Señor, ante la gratuidad de tu misterio y qué ansia de ser enteramente pobre”*. Se trata de una pobreza de espíritu del que espera recibirlo todo de Dios. Desea ser enteramente pobre para que la gracia pueda obrar en ella lo que quiera. No menciona al pecado porque lo tiene del todo entregado, ni le preocupan las virtudes porque sólo le interesa ser amada en su pequeñez. Las virtudes, como decía Santa Teresita, son para las “almas grandes”. Ellas son pequeñas.

A Rosenda, como a Teresita, no le interesa ofrecerse como víctima a la justicia de Dios para reparar los pecados del mundo y aplacar las ofensas a Dios. Ellas quieren ofrecerse como víctimas al amor y a la misericordia que Dios derrama sobre los hombres, para que no se malgaste tanto derroche. El radicalismo de la justicia no lo creen sano. Si lo vamos a mirar bien, el amor es más radical en la entrega que cualquier justicia, que siempre cuantifica. La gracia de la que hablan no es, por tanto, una gracia barata o de rebajas. Los sufrimientos de Teresita por su ofrenda al amor son bien conocidos. Y para mí está claro que los duros años de cáncer de Rosenda guardan secretos de honda fidelidad al Dios que la amaba.

Bien, no quiero insistir más porque cualquier lector podrá percibir por sí mismo todo lo que yo le intente explicar. Creo que unas palabras como las de Rosenda nos valen perfectamente para hoy y son siempre actuales. El hombre en lo más profundo es contemporáneo de todos los tiempos y de todas las edades. Os dejo con sus escritos, rescatados y digitalizados desde un cuadernillo amarillento por la pátina de los años. El contenido, sin embargo, permanece intacto.

Chus Villarroel, O.P.

Todavía no damos paso a los escritos. Antes me parece interesante leer la reseña biográfica que una hermana de su comunidad hizo poco después de su muerte. Estas reseñas se hacen en la muerte de cada hermana y se ponen en un libro llamado **Obituario**, del latín *obitus* (muerte). La reseña de Sor Rosenda suena así:

“Le presentaron unos niños para que los tocara, pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el Reino de los cielos. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él. Y abrazaba a los niños y los bendecía imponiéndoles las manos” (Lc 10, 13ss).

Con este texto evangélico, escrito de su puño y letra en una estampa, quiso obsequiarnos nuestra hermana Sor Rosenda, el día 7 de enero de 1982, cuando ya herida de muerte celebró el 25 aniversario de su profesión religiosa, rodeada del cariño de sus hermanas. Con ello nos ratificaba que la tónica característica de su vida fue la sencillez. Nació en el seno de una familia muy cristiana y era la menor de 17 hermanas.

Siendo muy joven sintió la llamada del Señor y tras madura reflexión y aconsejada por un santo sacerdote, D. Primitivo Trigueros, de quien ella guardaría siempre fiel y emocionada memoria, solicitó el ingreso en nuestra comunidad, de la que comenzó a formar parte el día 12 de junio de 1955. Tenía 18 años.

A finales del año 1980 aparecieron los primeros síntomas de su enfermedad cancerosa, que hizo necesaria la primera intervención quirúrgica. La metástasis obligó de nuevo a una segunda intervención en 1982. Tuvo que sufrir además el duro tratamiento de citostáticos y radiaciones de bomba de cobalto, que la mantuvieron durante casi 4 años en un continuo padecer.

Una característica muy propia de ella era su amor a la vida, la amaba como un don que es de Dios. Pero cuando ella comprendió que Dios había tomado personalmente su vida para sí, no opuso resistencia, se dejó hacer. Instalada definitivamente en la enfermería, hubo de aplicársele

continuamente oxígeno, respiraba con mucha dificultad. Desde este momento ya no se la dejó sola ni de día ni de noche. A pesar de ser total su impotencia, no la oímos ni una sola queja.

Amaba entrañablemente a la Virgen María. En sus últimos días tenía casi de continuo sus ojos fijos en una estampa de la Virgen.

Hacia las 12 del mediodía del martes 5 de junio entró en estado de coma. Las monjas permanecimos junto a ella, compartiendo el momento supremo de pasar de este mundo al Padre. Ella, desde la cruz, nosotras, desde el umbral del misterio donde Cristo moría de nuevo en su muerte y llevaba a cabo en ella la obra de la redención.

Amanecía ya el 6 de junio cuando nuestra hermana abrió sus ojos a la luz imperecedera de la Pascua de Cristo.

Había nacido el día 2 de noviembre de 1936, en Rambla de Oria (Almería).

Está enterrada en el cementerio del Monasterio de Corpus Christi de Carcagente (Valencia).



Comienza sin fecha la primera reflexión:

“¡María! Así empiezo a cantar las misericordias del Señor asociándome a su Magnificat. ¡María! “la única ella”. Verla en toda su pequeñez y entender dónde se encuentra la única grandeza. Qué alegría sentirme envuelta en este misterio de dulzura que sólo exige un amor entrañable a la pequeñez. Algo imprescindible para que el Señor haga su obra en un silencio amorosísimo que se va haciendo grito de salvación para todos los hombres; como diría Nuestro Padre, “¿qué va a ser de los pecadores?” no es pregunta sino exclamación angustiada, dolorida, llena de amor, porque ellos son su carne, su misma carne de pecado, pero también la carne del Señor, Salvador de todos.

La vida se convierte así en misericordia. Un corazón misericordioso volando hacia el otro que camina junto a mí, que es hijo de mi Padre.

La misericordia no da “por misericordia”, sino que comparte desde la misma necesidad de sentirse acogido y perdonado.

Deberemos ejercer sobre nosotros una continua revisión para ver si de verdad somos humildes y mantenemos un corazón que aprende, perdona y hasta experimenta en sí la fragilidad humana, medicina “saludabilísima” para mantenernos humildes. Hay que dar muchas gracias a Dios cuando sentimos en nosotros la desazón del pecado. Su amargura y desabrimiento es lejía que limpia y sana. Caridad sin profunda humildad -veracidad- no esperemos que nazca y se desarrolle. Todo debe confluir hacia esa caridad vital que supedita cuanto hay en nosotros de flojedad y deja pasar las cosas. De ahí ese sentido altísimo de redención, hasta en lo más trivial, cuando el amor anda por medio; de ahí también la vanidad absoluta (qué asombro para el que no ama mucho) de las obras más brillantes cuando no existe este vital amor.

Señor, déjame pobre en todo y dame ese tierno amor. No encuentro la palabra mejor para expresar su fuerza y suavidad. Quizá me ha salido la ternura porque es una expresión muy humana y divina. ¿Cómo Tú hiciste nacer esos ríos de amor y no sentir la ternura hacia tus pequeños hijos? ¿Cómo se puede penetrar en la obra de nuestra redención sin entender que todo es amor? Tu Palabra es un mensaje continuo de esta donación por amor. ¿Por qué, pues, no nos lanzamos a la búsqueda sencilla y apasionada como única ilusión de este amor que vive a través de todos la historia de los hombres y que es tu propia historia de salvación en ellos? Señor, los caminos del amor no son nuestros caminos, tan empequeñecidos muchas veces.

Madre Teresa de Calcuta lo ha entendido bien al bajar a la pobreza más pobre para decirle: Tú eres Hijo de Dios. Estás revestido de gloria aunque solo veamos harapos. Estás lleno de vida aunque agonices entre bidones vacíos y cloacas; estás salvado hombre aunque tus hermanos te maten. Insobornable este amor. Incomprensiblemente incomprendido, cuando ha sido la única lección que se nos ha enseñado. De palabra y de obra. Dios es amor.

Otra Teresa nos cuenta de amor. La pequeña gran Teresa. Compartió el amor desde otra situación aún más misteriosamente fecunda en la que por suerte me toca a mí. El amor en la más pura fe. Sentada a la mesa de los pecadores para saber de su carencia de amor. ¡Ay, Señor, qué abismo, cuánta hondura de vida entregada! Una amalgama de pequeñez consciente y un amor subidísimo, vibrante, en medio de la inapariencia y pobreza. Teresa,

mujer de amor, experiencia de amor, inalcanzable de tan sencilla, de tan sutilmente nada. Danos alegría cuando el Señor quiera sumergirnos en el túnel del no ver, viendo entonces tan potente el foco, la luminosidad. Haznos gratitud muy sencilla y cordial. Que acojamos con boca abierta (“abre la boca que te la llene”) todo, no hay partes, es, sencillamente, Dios.

Religiosa en y por el amor. Quisiera decir otras cosas, facetas del único amor. Se es religiosa solo por la dedicación plena de cuanto somos y podemos al amor. El impulso y el término. Él nos va penetrando en la soledad para que el quehacer vaya convirtiéndose en amor; la pena ya es amor; la alegría, amor; el silencio, amor; la luz, amor; la ansiedad, amor. A nosotros no se nos puede pedir más que eso, en toda circunstancia y situación. Deberían sorprender siempre en nuestra mirada cálida, bienhechora, penetrante, perdonadora, siempre, siempre, desde la orilla que comparte codo a codo, al Señor.

25.10.1981

El valor de lo ordinario en la vida.

Si tanto redime es que lo ordinario y pequeño solo lo es en apariencia. Muchas veces decimos y nos decimos que las monjas perdemos el tiempo en naderías, cuando hay tan graves problemas en el mundo. Y esto es una verdad solo muy a medias. Las hay, ciertamente, penosísimas, de un dolor inmenso, pero es infinitamente más sutil, monótona y tentadora la pena pequeña. Ese vivir en tensión el día de la mañana a la noche, sin saborear ni éxito ni fracaso, algo anodino, sin brillo, puede calar y perder la riqueza incalculable que manejamos. La pena pequeña (entiéndase el acontecer en sus mil aconteceres o, simplemente, que no acontece nada) tiene el gran valor, el supremo valor. Su aceptación gozosa, nueva, fiel, irá marcando un sentido de escucha para ver qué me trae hoy, ahora. Poco a poco brotará una humildad -veracidad-liberadora. Un corazón compasivo que mira siempre a su alrededor y llega a la lejanía en purísima fe. La misericordia será la nota más distintiva si verdaderamente estamos aprovechando esta pequeña grandeza de nuestra vida. Cuando llegue lo grande (que llega menos), entonces será una continuación espontánea, paulatina, también sin ruido, del mismo amor. La vida ordinaria de una monja es la piedra de toque. Ahí encontraremos siempre la más genuina

fidelidad. Nos limpiará el corazón y os ojos. Y todo será tan sencillo, tan lleno de cordialidad...

No vale (aunque siempre cabe el perdón) la faltilla de caridad sistemática, el comentario empequeñecedor y la falta de visión humano-divina de cuanto nos rodea y acontece. Hay que cortar día a día esos brotes con paciencia, sabiendo con toda seguridad que el Señor nos pillarán con la tijera de podar en la mano... Diría que tenemos que perdonarnos y seguir ilusionados la poda. También, hasta en nuestro porte exterior debemos manifestar la sencillez, siempre mirando limpiamente. La afectación es muy contraria a todo esto. Se trata de habituarnos por el espíritu de las bienaventuranzas a saborear la gran misericordia de Dios.

¿Quién no experimenta, Señor, hambre y sed de ser tuyo por el amor? Porque ya hay semejanza... Verte. Dios que siempre acoges y perdonas. Sí, Padre.

3.11.1981

He escuchado hoy una lectura de Sta. Teresa donde la santa hablaba de la poquedad de las cosas de este mundo con su gracejo habitual. Me ha hecho pensar y sentir. Ese sentido de desprendimiento viene a la par de todo lo que dije ayer. Necesitamos también un corazón desprendido. Alegre de poder dar. ¿Qué valor tiene todo si no poseemos un corazón magnánimo lleno de misericordia? Se experimenta la alegría al dar y la pena al ver tanto entretenimiento en cosas pequeñas o grandes.

¡Qué paz, Señor, ante la gratuidad de tu misterio y qué ansia de ser enteramente pobre! Vas llenando nuestras vidas de ansias nuevas. Es el gozo más profundo que podemos experimentar. Este amor entrañable a ti y a los hermanos.

4.11.1981

Al escuchar las sagradas escrituras tengo la impresión de que algo enteramente nuevo se me desvela cada vez. Sobre todo, encuentro un sabor de misericordia en todo. ¡La misericordia de Dios...! Esa gratuidad que llega a ser (porque Él quiere) estricta justicia. Si nos ha hecho hijos tiene que ser Padre. Él sabe perdonar y acoger este vivir nuestro, tan humano y pobre. De Él espero la plena comprensión de mi pequeñez. ¡Qué no hizo por su Madre,

viéndola así de sencilla! Por eso, ser pequeño es el valor más grande, el título de gloria más elevado. Si comprendiéramos todo lo que nos va, la fuerza de atracción que ejerce en el corazón del Señor esta pequeñez... cuánta alegría, qué profundidad de sentimientos. A mí me va dando una luz tan nueva y una necesidad imperiosa de ahondar sobre todo en la caridad y limpieza de corazón.

Que todo es mentira, Señor, si no vamos por este cauce de veracidad. Pero en silencio. Fecundísimo y necesarísimo silencio que va gestando amor... y más silencio. ¡Cómo no estar alegres y gritar al mundo entero esta bondad de Dios que es misericordia!

Danos un corazón agradecido que te dé un poco de lo mucho recibido. En tu Palabra saboreo día a día el mensaje, la buena noticia de tu misericordia y perdón. ¡Cuánto podría decir!

5.11.1981

Silencio de vida cuando todo el ser está a la escucha de Dios. Nos ambienta y envuelve de tal manera que necesitas aún más silencio, una total pobreza, para vivir a la escucha de ese tierno y dulcísimo amor. No entiendo más que esa fruición que es pena y gozo, posesión y libertad. Busco a Dios con una ilusión tan nueva que, a veces, no puedo contener esta alegría de encuentro, donde todo mi ser está inmerso. No hay encasillamiento posible cuando discurrimos por este cauce.

Yo busco, Señor, tu rostro sin soltar la mano temblorosa de mis hermanos, los pecadores y, pecadora entre ellos, me siento feliz de compartir lo que me das. Te busco con tanta ansia ilusionada, con un hambre de veracidad en todo, que no puedo soportar la falsedad. Hazme veraz, humilde de corazón, quémame en ese silencio de ternura, de soledad amorosísima y mantén mi vida en plena lucidez. Cuando llevamos en el corazón y las manos tanto don, ¿cómo entretenerse en naderías? Aquí está el misterio de tu paciencia redentora perdonándonos. Nos esperas sin prisa para que demos fruto dándonos nuevas posibilidades y oportunidades, sin cansarte, Señor. Tú eres la vida de los hombres, danos a todos esa fe de que eres Tú quien perdona y ama siempre, el que espera y ofrece la última entrega.

13.11.1981

No puedo leer y pensar en Santa Teresita sin sentir como un aldabonazo que me llama a la autenticidad más plena. Encuentro en ella esa fuerza tensa y esperanzada que camina como una reina. Es una persona enamorada de su Dios y, sabiendo eso, acertamos con la clave de tanto don. Es un manantial que fluye incontenible. Es fuego, brasa que calienta desde la hondura de su amor intensísimo. ¿Quién es Teresa? Acercarse a ella en su soledad fruitiva, contemplativa cien por cien, es ponerse en trance de que te influya hasta la médula.

Su silencio es grito continuo que clama: “¡Abba, Padre!” Cuánta veracidad en su pequeña grandeza. ¿Pequeña? Eso es solo la apariencia. Se cubrió con la carne como su Señor Jesús pero, cubrió de gloria hasta lo más pequeño. Tal es la bondad y gracia soberana. Afianzó su vida en la dureza de la fe y la sostuvo fiel, eternamente joven, por la suavidad dulcísima de su amor.

Cuando se la mira de frente encontramos un prodigio tal que nos deja llenos de estupor ante tanta maravilla. Cuán ilusionado la trabajó el Señor sabiendo la cantera de amor que extraería de ella. Se pierde en la lejanía de un no ser cuando recobra consistentemente una talla sobrecogedora, transida de cariño por su Dios, el Padre a quien ella ha confiado su único secreto. La alegría del gran misterio que la desborda.

Teresa, méteme y métenos en esa corriente vital. El cauce es Jesús, el Señor, y Ella, “la única Ella”. Amén.

15.11.1981

Tu Palabra me va desvelando la misericordia incansable, creadora de perdón para cubrir nuestro pecado.

Camino el de los hombres tantas veces fallido, misteriosamente endurecido en la infidelidad mientras Dios una y otra vez a la esperanza, al amor...

¿Qué hay, Señor, en nosotros cuando tanto perdonas y esperas? Estamos enrojecidos de sangre y tú ves, a través de nuestro pecado, la filiación que clama ¡Abba, Padre! Tus caminos no son nuestros caminos...

17.3.1982

San José, sencillez de Dios. Cuánto misterio en su silencio. Es fácil y difícil enjuiciar sus relaciones familiares con el Señor y la Virgen. Sumergido en la sencillez no tendría otra pretensión que servir. Lo imaginamos ecuánime, leal, compasivo, con un fuerte silencio para así entender qué parte de misterio era la suya. No sería insensible a la emoción de un amor estremecido. Contemplaba a la mujer sobre quien recaía tanto amor... Su limpidez ganaba en intensidad, hasta desvelarse en devoción tierna y humilde. El Hijo que no era suyo lo mimaría entre sus brazos, perdido en la ilusión de que lo hubiese sido... El Padre le dejó saborear mucho de su amor...

San José, pensar en él es perderse un poco en el misterio de la sencillez.

18.3.1982

La humildad es la postura más correcta y verdadera del hombre. Ella nos valora ante Dios, los demás y nosotros mismos justamente. Me siento incómoda ante posturas contrarias a la sencillez. Es para mí una asfixia, como si me sacaran del aire donde se respira.

Cuánto entiendo, Señor, de este abismo de veracidad en las personas y situaciones. Se me hace un grito constante el ansia de verdad, de ser clara y transparente. Quisiera asir con las manos, con la vida, tu don, eso que eres Tú, abrazarte en la claridad y, en ella, abrazar cuanto me rodea. No me dejes caer en la mentira, en buscarme apaños para no ser lo que debo. Ansío la soledad para encontrarme como soy, sin tapujos, y tratar de ver a las personas con quienes convivo.

Por nuestras propias fuerzas y dispersos en el interior no podemos captar el mensaje de tal reacción que hay en cada persona y situación. Somos tan subjetivos, tan cortos de vista, que se hace tarea imposible saltar por encima de todo y encontrar el misterio. Dios nos deja misericordiosamente que trabajemos en este afán de superación para ir pareciéndonos a Él. Hay momentos de un vacío que nos llena de paz a la espera del Dar. Mejor callar que hablar, ahondar y saborear la locura de la cruz.

Cristo Eucaristía, fuerza vital para el hombre peregrino. Ahí encontramos la entrega más sencilla y cordial. Dame el sabor de tu misterio. Que entienda, Señor, dónde se encuentra la paz, la alegría profunda... Estoy realmente inefable, no encuentro palabras que sean cauce adecuado para expresar la vivencia... Es don, gratuidad absoluta, un perdón continuo... Tu Evangelio, tu vida en nosotros, ese bajar hasta el hombre y ser uno de tantos. Estamos realmente locos cuando nos salimos de su órbita y queremos “ser algo”.

Gracias... “Te bendigo, Padre, porque me lo has revelado”.

Aunque todo nuestro día está transido (debe estarlo) de oración y trato con el Señor, los momentos fuertes de oración, dentro de un clima de sencillez, son la gran oportunidad de afrontar nuestra vocación contemplativa. Acoger la palabra de Dios y hacerla vida en ella. Toda la celebración de la liturgia va alimentando copiosamente estos momentos reflexivos y receptivos. Nos enfrentamos con la propia realidad sin tapujos ni componendas. Estos días me ha impresionado vivamente el capítulo 65 de Isaías, versículo 1 y siguientes, en el que Dios dice “Aquí estoy, aquí estoy” a un pueblo que no le busca ni le invoca. Toca una vez más perderse en el misterio y abrazar tanta gratuidad. Para nosotros no llega esta medida sin medida de entrega. Nuestro pueblo del siglo XX tampoco pregunta demasiado por Dios. ¡Qué momento tan fuerte de invocación y súplica para que siga repitiendo su “aquí estoy” solícito y reiterativo. En esta órbita de misericordia inefable debe estar nuestra amistad con el Señor. Para otra cosa no estamos aquí. Seamos agradecidos por participar tan vivamente en el misterio de la salvación. Claro que esto supone un antes y un después plenamente consagrados. El peso de nuestro propio pecado y limitación no debe obstaculizar esta subida por la cual escalamos hasta el amor. Aprendamos a hacer ofertas con gratuidad a nuestro pueblo: “Aquí estoy, aquí estoy”.

16.5.1983

En la vida comunitaria hay que cuidar con mimo no solo las posturas externas que van abiertamente contra la caridad, sino reacciones, gestos, miradas, curiosidades, etc.

La vida de una monja se puede malograr mucho con esta trama tan a ras de tierra que la deja sin contenido. Los nervios, las caras malhumoradas, cambios de humor, impactar a quienes

conviven con nosotros y crear un ambiente tenso y molesto. Cuando la comunidad o las monjas viven una situación difícil, es la hora no del desbarramiento, del comentario fácil, sino de adentrarse en una oración más intensa y una soledad más atenta al plan de Dios sobre nosotros. Intentando ver qué nos dice el Señor. El buen ambiente favorece el recogimiento, evita las suspicacias y nos mantiene sintonizados con el misterio que habitualmente nos plenifica y santifica. Sería ilusorio pensar que somos más sencillos y humanos dejándonos llevar del acontecer sin buscarle este misterio. La compasión se practica con más pureza cuando nos adentramos con mirada de fe, en la necesidad auténtica de los hermanos. Nuestra compasión debe acabar cuando va degenerando en sensiblería que, por contraste, se convierte en dureza para los demás. Es un resbaladero y no ya un camino para la convivencia caritativa. Hay que revisar constantemente nuestros sentimientos para equilibrar y no ser injustos con demasiado afecto, que en definitiva es una búsqueda mundana de uno mismo. Caer en la cuenta de que vivir en comunidad es vivir en soledad. Intentando siempre que nuestro amor se proyecte libre y generosamente a hermanos que quizá esperan mucho de nosotras y no hemos caído en la cuenta. La norma del mejor amor será el sacrificio desaparecido para que mis hermanas crezcan en vida sobrenatural, y todas, una a una, nos ayudemos en la tarea propia y la que se nos ha encomendado, de salvar al mundo. Los entretenimientos que no discurren por ahí necesariamente caerán en tantos desequilibrios que a la hora de una reflexión seria y sincera veremos su poca consistencia y veracidad. Problema viejo y siempre vivo. Tan sutil que se mezcla con lo mejor. Con buena cabeza, humildad y una gran dosis de buena voluntad, podemos ir madurando armónica y progresivamente. *Señor, ayúdanos.*

21.5.1983

María

Hoy me viene la Virgen (su recuerdo se me hace bastante continuo) con sabor de maternidad especial. Tendríamos que pensar mucho en esta Madre que el mismo Dios nos dio. Pensar para amarla sobre todo y tratar de imitarla. Su vida es fácil imaginarla. Su mundo interior... Ahí perdemos pie. Entra en el misterio de Dios como un torrente. Decir Madre de Dios es todo. También Madre del hombre redimido. Si no alcanzamos tanta grandeza, acojámonos filialmente a Ella. Notemos que tan altísima

misión la desarrolló en una vida trivial, llena de pequeñeces. Es una buena pista para ahondar en esta vida tan similar a la suya. Cuando se reflexiona detenidamente vemos hasta qué punto todo está cristificado, envuelto en salvación. Por eso San Pablo dice: “Ya comáis, ya bebáis... “El hombre desde su conexión profunda y vital con Dios se consagra y da sentido de consagración a todo. Caer en la cuenta prácticamente de este gran misterio que nos envuelve equivale a tomar postura. Tanto don no puede ser un derroche por parte de Dios expuesto a la frustración del hombre. El sabe y cuenta con una limitación radical. Se juega el amor a cada paso del hombre. Hace pensar y sufrir tanta torpeza y desaprovechamiento midiendo así, a lo que se ve... Quizá esta medida nuestra no coincida demasiado con la suya.

Dios es el eterno “aquí estoy”. Su pueblo es el eterno (no en el tiempo) no buscador. De vez en cuando hay brotecillos de amor: Dios mismo para que busque me enseña a amar. Yo no sé, pero cuando se nos descubra el plan de Dios sobre nosotros, sabremos maravillas de gratuidad. *Por dónde me he metido, Señor*. Toda esta reflexión ha venido por la Virgen María. La sencillísima Virgen. No sé qué es más misterio en Ella, si su grandeza o su pequeñez. Una y otra se postulan y exigen. Dios la quiso a la medida de su pequeñez. Motivo de reflexión y de sacar consecuencias prácticas para la propia vida.

25.5.1983

“Cuerpo de Cristo, santifícame”.

Poco a poco iremos curando de nuestras enfermedades al contacto con este Cuerpo sacratísimo. Se aprende tanto cuando nos adentramos en la vida del Señor. Yo diría que el perdón, la misericordia, campean sobre el plan de Dios. Lo que más cuesta asimilar, porque nuestra medida y visión es radicalmente otra. Nos cuesta un amor serio y eficaz porque la raíz no es sana. Amar a fuerza de brazos es poco menos que inútil. Pero, acertamos en la medida de lo posible, desde el Evangelio, el porqué de mi caridad hacia el otro. Oído, leído, meditado, desconcertante y nuevo siempre. “Perdona si tu enemigo...”. Para que no resultaran paradojas inalcanzables sino lo más florido del evangelio.

Pidámosle al Padre que a fuerza de pequeños nos revele esto que oculta a los sabios de este mundo

Hoy, y precisamente a esta hora, iniciaba mi andadura como monja (¡28 años!). Yo no hago examen. Él creo que tampoco. Los dos deseamos que esta pequeña de 18 años cada día sea más pequeña. La Virgen tiene mucho que enseñarme.

12.6.1983

Ordinariamente pienso mucho en mi madre. Su recuerdo es un estímulo constante. Entre las dos existió una afinidad especial. Me siento más hija de su fe que de su carne y sangre. Esta mujer fuerte, comparable en todo a la que se nos presenta en la Sagrada Escritura, armonizó esa fortaleza tan característica en ella con una vida humilde, entregada y muy asequible a cuantas personas acudían a ella en demanda de orientación, sobre problemas humanos y espirituales de todo tipo. Hay que decir que fue colmada de dotes humanas y espirituales superabundantemente. Saboreaba en sus paseos solitarios por el Cerro del Cura el rosario (la corona franciscana pues era terciaria). Su alma gozaba con la luz y el silencio. Llevaba en sí fuertes esencias dominicanas sin saberlo, pero que un día se prolongarían en sus hijas. Su fe iba pareja con la caridad. El desprendimiento se traducía en constante donación de sus cosas y más aún de sí misma. La gente que entraba en casa no salía vacía. Sabía aconsejar a jóvenes y mayores en sus problemas familiares.

Su espíritu fino y delicado amaba la belleza de los buenos libros, de los que era asidua lectora e inculcaba a los demás. Amaba la pintura, la música, labores y todo lo que significaba arte. Su vida, a pesar de la familia tan numerosa, se engolfaba en una puesta de sol. Aún recordamos cuando en la madrugada despertaba a los niños para que escucharan el canto de los ruiseñores. Ella también cantaba como uno de ellos... A mí me decía a veces: "cierra las puertas que voy a cantar". Su voz, hermosísima, se hubiese escuchado demasiado... Muy pequeña (de tres años) tocaba el piano, de pie en el taburete, siendo observada por su profesor (futuro) D. Ismael Gallego, que la miraba embelesado.

Amaba a los pobres hasta hacer comida de sobra para ellos y darles lo que podía de su misma pobreza, que en los años de la posguerra se acentuó bastante. Recta en su conciencia sin permitirse comentarios que lesionaran la caridad de nadie. Cabría decir que su mundo interior era tan exuberante que la ruindad de la

vida no entraba en ella. En la guerra fue presa en la cárcel por sus creencias, manifestadas sin miedo ni cobardía. A las personas responsable de este hecho supo perdonarlas de mil maneras.

La oración era constante en ella. En los últimos años tenían que “arrancarla” de su postura orante, que se prolongaba horas y horas. Cómo me gustaría saber siquiera algo de estos coloquios... Seguro que aprendería maravillas de perdón, misericordia, abandono, entrega, etc. Sus obras traducían bien la oración.

Sabía esperar y aconsejar cuando algo no iba recto. Es comparable en la insobornable fortaleza a la madre de los macabeos. Estoy segura de ese amor fuerte dispuesto a sacrificar hasta al hijo por la fe en el Señor. “Si no fuera cristiana, sería una fiera”, decía ella. Esta fe la hizo madre mucho más allá de la simple donación corporal, madre de nuestra fe y vida consagrada, madre capaz de todo sacrificio por el bien de los hijos, madre que vive la consagración nuestra asociándose a este misterio entrañable que es la vocación religiosa y, más aún, contemplativa. Mi madre no cabe en estas pobres letras sueltas y sin orden. Es una mujer grande por la inteligencia y el corazón. Podías preguntarle de todo (yo era muy preguntona), que no quedabas sin respuesta adecuada. Recuerdo que un día le pregunté qué era amor platónico. La contestación fue tan acertada que, al correr de los años, he podido constatar que lo entendía bien. Leía a Pereda con gran entusiasmo, “Peñas Arriba” y “El sabor de la tierra” eran obras muy preferidas por ella. Yo intentaba imitarla pero a mi edad no saboreaba tanto como ella, aunque sí me gustaba.

Voy añadiendo detalles que vienen a mi recuerdo, casi de niña. Al ser la más pequeña de los diecisiete, toda su capacidad maternal bien veía yo que se volcaba en mí. Pero no puedo decir que me consintiera blanduras y caprichos. Mal lo pasé una noche que, no sé por qué, no quise dormir con ella y además le dije unas palabras poco correctas. Fue a sacarme de la cama de mi hermana Ana María, donde me refugié, y dormí con ella, claro.

Le decía una vez que yo no amaba a Dios, porque no sentía ese amor. Su contestación fue sencilla y muy aleccionadora: “¿Serías capaz de ofenderle, de hacer esto y aquello?” “No”. “Pues eso es amor. No sentir sino cumplir la voluntad de Dios”. No lo he olvidado en mi vida de monja donde el amor precisamente se caracteriza ahí.

Me quejaba un día del mal tiempo y con viveza dijo: “Eso es quejarse de Dios”. Entendí que este Señor mío tenía bien guardada a esta sierva suya fiel y admirable. Desde entonces, cuando hace frío o calor, pienso en aquel lance y procuro no quejarme. Hay que ver cómo se graba una palabra acertada para toda la vida.

19.6.1983

Me agrada esta reflexión de mi madre. Su vida no se agota con estos breves recuerdos que he escrito sin orden, tal y como me han ido viniendo.

Pienso qué capacidad de sacrificio la suya cuando tuvo tantos hijos. Y esto sabiendo que se le morían. Ella contestaba cuando alguien le decía por qué los tenía sabiendo que se morían: “Tendré todos los que Dios quiera”.

Sobre esta gran mujer que fue mi madre se podrían escribir muchas y muy bellas páginas. A mí me admira verla afincada en su Dios, posponiéndolo todo a Él: marido, hijos, su propia vida si fuera preciso. Y es que una vez entrada o sumergida en el misterio de Dios, la persona se vuelve un poco o un mucho misterio. En su trayectoria camina con un fuerte silencio porque su Dios habla. Comparte, perdona y acoge más que nunca, pero vuelve constantemente hacia ese mundo interior silenciado, activo, amoroso. Esto, que podría sonar a sutilezas monjiles, también se da, tiene que darse, en las personas como mi madre, donde el amor a Dios, si bien tiene otras manifestaciones, no es por ello menos delicado y profundo.

No quiero dissociar el recuerdo de mi madre del de mi padre. Ha sido un proceso distinto, porque los factores también lo han sido. Psicología, familia, todo en él era distinto.

Quedó sin madre muy joven. El padre era el colmo de la rectitud para los hijos y criados de la casa. La palabra diálogo no existía. Un hombre que castigaba severamente aun los desvíos más pequeños de sus hijos. Se comprende que el temor fuese sustituido por la confianza. Mi padre contaba anécdotas muy significativas al respecto. Pero, así y todo, guardaba hacia él un gran respeto.

Se comprende, pues, que en este hombre que fue mi padre, traumatizado por un trato semejante, las manifestaciones de cariño en él fueran muy parcas. Temperamentalmente fuerte aunque sin doblez y honrado a carta cabal. También él era un hombre que ayudaba y solucionaba problemas a todo el mundo.

Los años no desembocaron en una ancianidad caprichosa y exigente. Recuerdo que en una de mis visitas la oí decir: “para ser viejo hay que tener mucha filosofía”. Yo no he conocido un caso igual de maduración tan armónica. Convivir con él, según cuentan mis hermanos, era fácil, agradable y nunca pesado. Gran conversador y, sin embargo, cuando notaba que ya había bastante, se retiraba de la reunión discretamente. Lo mismo se podría decir de otros muchos detalles. Nunca pedía un capricho en la comida ni dejaba traslucir un desagrado. Todo estaba bien. No es extraño que la gente joven buscara su compañía y se la viese hablando con él largas horas.



Su piedad vino a ser como la de un niño. Había que verle cantar y rezar en la iglesia en primera fila. Como estaba un poco sordo no se daba cuenta de que rezaba tan fuerte.

La Virgen era su gran amor. Aunque al preguntarle a quién quería más, al Señor o a Ella, respondía: “A la Virgen la quiero mucho, pero al Señor mucho más”. Sabía medir cada amor.

En los últimos meses de su vida esta piedad estaba llena de candor. Cuentan, y no acaban, de sus miradas y besos al crucifijo y a la Virgen. Rezaba con gran amor, al decirle “mire la Madre del cielo” contestó: “Sí, y la Madre de los hombres”.

Su fe había madurado mucho y Dios le concedió una lucidez extraordinaria que le hizo compartir hasta el final esta fe en una convivencia que difícilmente se puede olvidar.

Apenas cuento los rasgos más sobresalientes. Pero quisiera proseguir mis reflexiones con más calma. Estos breves apuntes sirven para recordarlo y quererlo como merecen.

ORACIÓN POR LOS SACERDOTES **(Sor Rosenda Granados, O.P.)**

Señor Jesús, sacerdote eterno. Tú has querido que en tu Iglesia hubiera hombres escogidos entre el pueblo que, peregrinos como sus hermanos, se alimentaran con el Pan de Vida, maná celeste.

Sacerdotes de la nueva alianza, semejantes a ti, en condición de pontífice fiel y misericordioso.

Sacerdotes que cojan el pecado de los hombres y lo transformen en perdón y redención.

Sacerdotes proclamadores de ti, palabra sustancial, hecha alimento para nosotros en las Sagradas Escrituras y en la Eucaristía.

Sacerdotes que viven la experiencia cotidiana de las bienaventuranzas como programa de amor universal, de reconciliación.

Sacerdotes que mantengan viva la unidad de la Iglesia siendo fieles a tu querer de que todos seamos uno.

Sacerdotes que en la asiduidad de trato amistoso contigo experimenten la dulzura de tu amor.

Que la Virgen María, de cuya carne y sangre tomaste cuerpo, y que al final de tu vida quedó para San Juan como testamento de maternidad universal, acoja a los sacerdotes y les haga dignos del don que han recibido.

Que tus sacerdotes, Señor Jesús, tiendan el puente de tu bondad y misericordia inefables, para que todo hombre, aún sin buscarte, pueda encontrar la presencia del Dios de la alianza, amigo y perdonador del pecado del hombre.

Suscita entre nuestros jóvenes la vocación al sacerdocio. Hazles sensibles a la llamada que les consagra a ti y a sus hermanos para obtenerles la gracia que santifica.

Cristo, sacerdote, víctima y altar, derrama sobre tus ungidos el óleo de alegría que haga fecundas sus vidas sacerdotales. AMÉN.